

los normandos, quienes pasaron desde luego en gran número á Calabria, como hemos visto, á probar fortuna con el conde Rodolfo, y despues con el famoso Roberto Guiscardo. Egecutaron prodigios de valor contra los sarracenos y los griegos, pues con un puñado de hombres libraron á la Italia en un muy corto tiempo del yugo de estas dos naciones. Pero estuvieron muy lejos de imitar el desprendimiento y la moderacion de los libertadores de Salerno, y recompensaron su trabajo con invasiones y tiranías.

54. Habian llegado en tiempo del Papa Leon IX á tal punto sus violencias y latrocinios, que sintió aquel Papa que los infelices calabreses hubiesen sacudido el yugo de los griegos, y solicitó el auxilio de estos. Por último, despues de haber empleado todos los otros medios sin ningun fruto, y haber echado mano de los rayos de la Iglesia, abrazó el partido de marchar contra los normandos con un ejército compuesto de alemanes é italianos. Sin duda ninguna es esta una accion de aquellas por las cuales se acusó con mas fundamento á Leon IX, de que se abandonaba algunas veces á los movimientos demasiado impetuosos de su celo; y en efecto, es difícil justificar esta empresa, como no sea por la pureza de la intencion. Hermano, autor contemporáneo y célebre por su instruccion, dice con este motivo en su crónica, que no debia pelear el Papa con otras armas que con las espirituales, ni por otros bienes que por los de esta misma naturaleza (1).

(1) *Vit. Geof. lib. 1. cap. 14.*

55. Pedro Damiano, abad de los santos solitarios de Fuente Avellana en Umbría, oráculo de toda Italia y en extremo respetuoso para con los Sumos Pontífices, desaprobó sin embargo á las claras esta expedicion militar (1), que no protegió el cielo, porque á pesar de ser mucho mas numeroso el ejército pontificio, fue derrotado, apoderándose despues del Papa los normandos en un pueblecito en donde habia juzgado estar en salvo. Tratáronle con mucho respeto, y en cambio de su libertad le pidieron tan solo la absolucion de las censuras que habia fulminado contra ellos, las que revocó. Tuviéronle sin embargo en Benevento desde el mes de Junio de 1053 en que se dió la batalla, hasta el mes de Marzo del año siguiente.

56. Recibió en este intervalo la triste noticia de que Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, se habia declarado sin rebozo contra la iglesia romana. El ataque estaba preparado muy de antemano, habiéndose tratado con calma los medios de asegurar el golpe; estaban firmes en su resolucion los principales actores, y su gefe se hallaba en estado de poder levantar sin temor el estandarte de la rebelion. Es cierto que el émulo de Focio no tenia el ingenio, la erudicion ni las demás prendas de su modelo; pero no estaba aun cerrada la herida hecha antes á la iglesia griega: habíanse consumido sus fuerzas de un modo imperceptible, y segun el deplorable estado á que se hallaba reducida en tiempo de Miguel, bas-

(1) *Epist. 9.*

restablecer la buena armonía entre la iglesia griega y la latina, y obligó al patriarca Miguel á que escribiese con el mismo objeto. El Papa que ansiaba vivamente la union, envió tres legados á Constantinopla, que eran el cardenal Humberto, Pedro obispo de Amalfi y Federico diácono y cancelario de la iglesia romana, pariente del Papa y del Emperador Enrique, y despues Pontífice con el nombre de Estévan IX. Llevaban estos legados letras pontificias para el Emperador y para el patriarca de Constantinopla, y en ellas se daba solamente á este último el título de arzobispo. Dábale en cara el santo Pontífice, como una usurpacion insensata, el dictado que se atribuía de patriarca universal, denominacion que no quiso recibir jamás San Pedro ni ningun sucesor suyo (1). Ensalza, en la carta al Emperador, el celo de este Príncipe por haber sido el primero que propuso la concordia y la reunion (2). Despues trata del asunto de los normandos, y nos enseña que tomó las armas contra ellos, no para darles muerte, sino para reducir por el temor de los hombres á los que se mostraban inaccesibles al temor de Dios. He aquí lo que justifica la conducta de este santo Papa, que procuraba atraerlos de nuevo á los principios de la Religion por medio de exhortaciones paternales, y cuando ellos le daban mil seguridades de su obediencia con todo género de promesas, habian enves-tido á los de su comitiva cuando menos era de esperar.

(1) *Epist. 6* (2) *Ep. 7.*

58. El santo Pontífice escribió estas cartas estando todavía en poder de los normandos, á quienes edificó y confundió en medio de sus triunfos con el continuo espectáculo que les ofrecia de la austeridad y santidad de su vida (1). Dormia en el suelo encima de un simple tapiz, con una piedra por cabeza, y con un cilicio pegado á la carne. Permanecía echado muy poco tiempo: rezaba todas las noches el salterio, y hacia un sin número de genuflexiones. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y volvía á rezar el salterio con una infinidad de oraciones. Eran inmensas sus limosnas; no consintió jamás que se retirase desconsolado ningun pobre de cuantos se le presentaban. Desde el fatal combate de sus tropas con las de los normandos, se apoderó de él una tristeza mortal, y cayó despues en un abatimiento para el que no bastaron todos los recursos del arte. Volvió sin embargo á Roma, á pesar de la enfermedad que padecia; pero apenas estuvo allí algunos dias, cuando conociendo que sus fuerzas estaban del todo consumidas, aunque no pasaba de cincuenta años, hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para recibir la Estremauncion y despues el Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor. Murió á 19 de Abril de 1054, el año sexto de su pontificado, cuya dignidad estuvo vacante cerca de un año. Habia obrado muchos milagros durante su vida, y acontecieron muchos mas en su sepulcro. Honra la Iglesia su memoria el dia de su muerte.

(1) *Vit. cap. 12.*

59. Llegaron entretanto felizmente los legados á Constantinopla, y los recibió el Emperador con demostraciones muy honoríficas (1). Mientras permaneció en aquella capital Humberto, que era el gefe de la legacion, dió por escrito una respuesta estensa y sólida á la carta del patriarca Miguel y de Leon de Acrida contra los latinos. La comunicó al punto al Emperador, que quedó muy prendado de ella, mandando traducirla en griego y publicarla por todas partes. Tambien contestó al tratado del monge Nicetas, llamado por otro nombre Pectorato, que se reducía con corta diferencia á los mismos puntos que el escrito de Miguel Cerulario; aunque además habia acusado Nicetas á los latinos de que quebrantaban el ayuno de cuaresma, celebrando misa todos los dias antes de la hora de nona. En semejantes dias solo celebraban los griegos la misa de los presantificados á la hora de nona, y sin consagrar, como lo verifican todavía. Habiendo demostrado el sabio cardenal la frivolidad y ridiculéz de estas objeciones, hace ver que los latinos observaban la cuaresma mucho mejor que aquellos orientales, que deteniéndose en unas bagatelas despreciables, solian faltar de todo punto á la ley del ayuno, llevando á la iglesia legumbres ú otros manjares que comian públicamente.

60. Tambien mandó el Emperador que tradujesen este segundo tratado de Humberto; y no contento con esta providencia, fue en persona con los legados y con un gran número de cortesanos al monasterio

(1) *Baron. juxta cod. vatican.*

de Estudio del que era monge Nicetas, mandando entregar su libro á las llamas en presencia de todos, y obligando al autor á anatematizarle con todos los osados que negasen la primacia de la iglesia romana, ó reprendiesen un solo punto de su fe siempre ortodoxa. Parece que Nicetas se convirtió con sinceridad, pues al otro dia fue por su propia voluntad á buscar á los legados en su palacio, propuso algunas dificultades, y despues de haber recibido su solucion, volvió á condenar todo lo que habia dicho y escrito en perjuicio de la santa Sede; de suerte que no solo le admitieron los legados á su comunión, sino que se valieron de él últimamente para la comision que llevaban, distinguiéndole con su confianza.

61. No aconteció así con el artificioso patriarca. Como la especie de satisfaccion que habia dado al Sumo Pontifice, no tenia mas fundamento que el deseo de complacer á Constantino, y quizá estaba de acuerdo con el Emperador de una nacion, cuya rectitud, por mas alarde que se haga de ella, deja siempre alguna sospecha y desconfianza, lejos de retractarse con Nicetas, se negó siempre á hablar y á ver á los legados, tratándolos de escomulgados. Pasaron estos á Santa Sofia el sábado 16 de Junio, cuando estaba ya el clero preparado para celebrar la misa; se quejaron de la obstinacion cismática del patriarca Miguel; pusieron en el altar mayor una sentencia de escomunion, y despues salieron sacudiendo, segun el Evangelio, el polvo de sus pies.

taba la habilidad subalterna de este último corruptor para lo que restaba que hacer. Cuidó además de atraer á su partido dos hombres muy idóneos, el uno por su audacia y el otro por su erudición, para asegurarle un triunfo completo. El primero era Leon de Acrida, metropolitano de Bulgaria, y el otro Nicetas, monge del monasterio de Estudio. Miguel escribió en su nombre y en el de Leon á Juan, obispo de Trani en la Pulla, una carta que queria hacer llegar mucho mas lejos ⁽¹⁾. Repetia en ella los cargos que habia dirigido Focio á los latinos; é impulsado de aquella especie de vanidad con que procuran los sectarios sobresalir los unos entre los otros, suponía que el occidente habia incurrido en un crimen enorme con el uso de los ácidos, de lo que no habló nunca el primer autor del cisma. Humberto, á quien el Papa Leon habia llevado consigo desde Lorena, que era ya cardenal del título de Santa Rufina, tuvo noticia al pasar por Trani de la carta del patriarca de Constantinopla, y como estaba muy versado en la lengua griega, la tradujo fielmente al latin, y la presentó al Papa, quien previó desde entonces todas las consecuencias de un ataque tan impensado y tan destituido de fundamento.

57. Espidió al punto el Sumo pontífice un rescrito para contener á aquellos osados que pretendian ilustrar, ó por mejor decir, denigrar á la iglesia romana, establecida por Jesucristo la primera y la maestra de las demás ⁽²⁾. „¿Conque la Silla apóstolica,

(1) *Ap. Baron. ann. 1045.* (2) *Leo. IX. Epist. 5.*

dice, habrá ignorado por espacio de mas de mil años transcurridos desde que padeció muerte nuestro Redentor, cómo debe hacerse la memoria del sacrificio de esta víctima adorable? Descubre despues de esto los errores, las negligencias y muchas faltas inescusables y graves de que se podía acusar á los griegos con mas razon que á los latinos, dándoles en cara especialmente el abuso de conferir la dignidad episcopal á los eunucos; lo que ha dado motivo, dice, para publicar que habia sido colocada una muger en la silla de Constantinopla. Notemos aquí del paso el aprecio que debe hacerse de la historia de la Papisa Juana, que colocan sus inventores en una época anterior al Papa Leon IX. „En cuanto á los usos indiferentes, continua el Pontífice, y á las varias costumbres recibidas en diversas iglesias, seria una cosa irracional y muy culpable separar de la comunión á alguna de ellas con este vano pretesto. Dando de este modo la iglesia romana ejemplo de condescendencia y de caridad, no solo permite que los griegos sigan en Roma sus usos particulares, sino que los exhorta á observarlos religiosamente, mientras que en Constantinopla se cierran las iglesias á los latinos, segun ha llegado á nuestra noticia. Nosotros sabemos que lo que perjudica á la salvación no es la diversidad de costumbres, sino la falta de fe y de caridad.”

Entretanto el Emperador Constantino Monómaco, necesitando al Papa y al Emperador Enrique contra los normandos, escribió al Sumo Pontífice á fin de